

EL ENIGMA DE LA ESFINGE O LA ESFINGE DEL ENIGMA

Dr. Jaime F. Millonschik

Heráclito

El segundo crepúsculo

La noche que se ahonda en el sueño

La purificación y el olvido.

El primer crepúsculo.

La mañana que ha sido el alba.

El día que fue la mañana.

El día numeroso que será la tarde gastada.

El segundo crepúsculo.

Ese otro hábito del tiempo, la noche.

La purificación y el olvido.

El primer crepúsculo...

El alba sigilosa y en el alba

la zozobra del griego.

¿Qué trama es ésta

del ser, del es y del fue?

¿Qué río es éste

*por el cual corre el Ganges?
¿Qué río es éste cuya fuente es inconcebible?
¿Qué río es éste
que arrastra mitologías y espadas?
Es inútil que duerma.
Corre el sueño, en el desierto, en un sótano.
El río me arrebató y yo soy ese río.
De una materia deleznable fui hecho, de misterioso tiempo.
Acaso el manantial está en mí.
Acaso de mi sombra
surgen, fatales e ilusorios, los días.*

La reproducción sexual no sólo desbarata la matemática, sino que además y más importante aún, es solidaria con la muerte. Aquella no sería sin ésta y el peso de tal evidencia inaugura en el humano el problema dialéctico en el que consiste la construcción del psiquismo.

Tíbulo, poeta latino contemporáneo de Horacio y Ovidio escribió en sus “Elegías” lo siguiente: “Primum in mundo Deus fecit timor”, lo que quiere decir “Lo primero que Dios creó en el mundo fue el miedo”. ¿A qué sino al peligro de morir habría que tenersele más temor?

De entrada no más la muerte se cierne, como una sombra. No se la ve ni se la nombra, pero está presente. Lo que hace que la vida entonces, sea al mismo tiempo tan frágil como ferozmente fuerte y tenaz.

Haber sido neonatólogo me enseñó entre otras cosas a ver con qué vigor un prematuro se aferra a la vida y a escuchar cómo, en cada pregunta de los pa-

dres por cualquier cosa concerniente a su bebé, aún siendo sano y nacido a término, se escondía el temor a la muerte. “¿Es normal que tenga las manitas frías?”

El humano llega al mundo en condición de desvalimiento. Un desasosiego inicial irrumpe brutalmente y calma con el apego de “aquel *otro* prehistórico inolvidable”. Primum timor.

Más tarde aparece otro desasosiego tan brutal como el primero que lleva a la cría a berrear hasta que la asistencia del ajeno auxilio brindado otra vez por “aquel *otro* prehistórico inolvidable” y un reflejo: el de succión, desencadenan una acción propia que es específica y cuya consecuencia es un alivio que sosiega. Todo esto, permite a Freud enunciar la “Vivencia de satisfacción” modelizando así la encrucijada a partir de la cual el psiquismo es posible.

Pero, en la brillante conceptualización que hace Freud del primer acto psíquico en lo que denomina “Satisfacción alucinatoria de deseo” parece quedar elidida la ominosa presencia de la muerte.

Para que haya deseo es preciso que algo falte y que esa falta se registre. En este caso el registro es un enlace entre tres sensaciones: la de la necesidad de lo que falta, la falta de lo que falta y la angustia que se siente porque la falta de lo que falta está presente. Como falta.

La muerte es falta por excelencia pero también presencia y su presencia dijimos, está presente en la abrumadora presencia de su sombra.

Tal vez por eso no haya representación de ella y quizás por eso precisamente, porque lo no inscripto compele, es que el psiquismo puede ser posible. Es alrededor de la falta que puede construirse algo.

Si creo seguir a Freud en uno de sus más formidables descubrimientos, el registro del deseo sólo puede entenderse porque previo a él ha habido una falta.

Cuya existencia es advertida por el registro simultáneo de la necesidad y la angustia.

Un ser programado para representar en un aparato psíquico lo que le concierne y lo que vivencia, puede representarse el alivio con la presencia y la angustia en la falta.

Pero sólo la angustia por lo que falta es lo que da valor a la presencia de lo que faltaba.

Freud no dice a partir de cuándo el psiquismo representa, ni qué es lo que representa, ni el modo en que lo hace.

Creo que es tan válido conjeturar como acto psíquico la alucinación del pecho como efecto de una succión azarosamente repetida sintiendo en la boca un pezón que no está; cómo la inscripción de la angustia como registro de una falta que también se siente en el cuerpo.

Acuerdo que a la angustia es difícil pensarla, se siente. Acuerdo también que la cercanía de la muerte pone nervioso, desordena y dificulta pensar, pero una vez advertida y sabiendo que mientras no llegue no llega, la angustia que genera su amenaza puede también ser madre de todas los ingenios e invenciones y gracias a estos últimos el homínido de las sabanas y cavernas llegó hasta aquí.

Freud sostiene en "Introducción del narcisismo" que "Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado". Lo que nos da a entender que antes de este "nuevo acto psíquico" hubo al menos otro. Pero ¿de quién?... ¿de un psiquismo sin dueño?... ¿de un cuerpo, que como los personajes de Pirandello va en busca de un autor?

No aclara tampoco por qué o para qué es necesario ese supuesto.

Lacan procura explicar en “El estadio del espejo como formador de la función del yo (JE) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” el supuesto necesario enunciado por Freud respecto del yo, y por lo tanto del “nuevo acto psíquico”. A lo largo de su obra designará **Je** como sujeto, sujeto de la enunciación, sujeto gramatical y sujeto del inconsciente y reservará el **moi** para la instancia del Yo. Sin embargo en el artículo de lo que hablará a pesar del título, es de la función del Yo (moi) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica.

Toma de un hecho de la biología comparada lo que necesita o le viene bien para dar consistencia a su concepción de la formación del Yo, la cual es totalmente congruente con la de Freud. Fase, más bien que estadio -según su autor dura desde los 6 a los 18 meses- donde Lacan habrá de poner el énfasis para la comprensión de la relación intersubjetiva, en cuya dependencia se constituye el Yo (moi) y no (Je) como anuncia el título de su trabajo.

El júbilo que despierta el encuentro con la imagen de sí en el espejo que Lacan observa, es a mi juicio, posterior antes que simultáneo a la angustia expresada en la agresividad (en tanto intención de agresión) que despierta la visión del semejante.

Otra vez el desasosiego y la angustia antes que el júbilo que ve Lacan “¿A quién tiene en brazos ésa, que siempre está conmigo?” diría si pudiese; y al voltear su cabeza encuentra en la sonrisa de, una vez más, “aquel *otro* prehistórico inolvidable”, el descubrimiento de que ése del espejo es él. El saber que yo es otro, le viene de afuera. “Investimiento narcisista que da lugar al modo de conocimiento propio del yo: *el conocimiento paranoico*”.

Planteo de un drama, en el que el bebé al mismo tiempo se distingue y no se distingue de su imagen del espejo. Se le ha hecho presente lo que Lacan llama “intrusión narcisista” desencadenando una serie de consecuencias que darán

lugar a la intención de agresión que habrá de revelarse en la experiencia analítica como agresividad.

Es por eso que puede situarse la agresividad del lado del narcisismo. Cuestión de supervivencia. O yo o el otro. El problema es que aquí el otro es o soy yo.

Es precisamente porque el narcisismo queda ligado a los celos, la agresividad, la paranoia y la envidia que el asesinato y el suicidio estén tan juntos.

Lacan separa la noción de agresividad de la pulsión de muerte, situándola ligada a la identificación narcisista con un complejo virtual alienante, por eso el Yo es en cierto modo una ficción.

Freud postula que es el Complejo de Edipo lo que viene a apaciguar las cosas brindando, ofreciendo, regulando un orden que tranquiliza, siendo la castración la operación simbólica que permite la introducción del humano en la cultura.

“Detente Abraham” (padre de multitudes) le dijo Dios antes de que degollase a Isaac, dejando en claro, circuncisión mediante, que más vale perder un pedacito que perder la vida.

Freud parece haber dado más énfasis al pedacito que al todo, encareciendo la angustia de castración como ordenadora del psiquismo por sobre la admisión del terror a la muerte.

Sostener el andamiaje de la teoría psicoanalítica en el Complejo de Edipo es dar, a mi entender, más crédito al contenido manifiesto que al latente.

Borges cifra ese contenido latente en un soneto: *Edipo y el enigma* “...y con la tarde un hombre vino que descifró aterrado en el espejo su declinación y su destino”.

Llamativo que Freud quien fue un pionero en descifrar y como señala Lacan “sigue soñando porque tiene agallas” se quede creyendo haber movido dioses

celestiales “Flectere si nequeo superos, Acheronte movebo”, pareciendo desmentir lo descubierto.

¿Cuál sería la ventaja de postular todo esto? Al fin de cuentas el psicoanálisis goza de buena salud al cabo de más de cien años y nunca se replanteó que el Edipo no fuese el complejo nuclear de las neurosis. Pero, a mí me parece que la angustia ante la muerte pone más nervioso que las fantasías incestuosas y parricidas y que la historia del mundo confirma que ha habido más muertos que castrados.

Es más que probable que la denegación de la advertencia de que la muerte es su compañera cotidiana, haya hecho posible al humano la edificación de su psiquismo.

Saberlo implica por ejemplo, que tal vez de lo que se trate un análisis entre otras cosas es hacerle frente a una angustia primordial con la que hay que convivir; en lo posible de la mejor manera, haciendo como enseñara Freud del obstáculo una herramienta.

“Sólo se trata de vivir...” y tal como arenga Byrhtnoth a los suyos en la Balada de Maldon *and ne forhtenon na*.

Precisamente entre otras cosas lo mencionado casi al comienzo de que siempre me admiró la manera tenaz y feroz con que un prematuro se aferra a la vida, hace que me cueste aceptar la explicación freudiana de justificar la existencia de la pulsión de muerte y mucho menos el argumento de que todo lo vivo procurara volver a un estado anterior.

Sabemos que el término pulsión es una construcción teórica que en la naturaleza no existe y que a lo único que apunta es a la satisfacción, sin reparar en costos. Lo cual sin dudas puede llevar a la muerte. Es así entonces que la sublimación se haya constituido para mí en todo un problema.

Destino de pulsión cuya meta, cuya satisfacción no es sexual dice Freud. Ahora bien, si la sexualidad pasa y está por todos lados, cuesta entender cuál sería otra meta para la pulsión que no fuese sexual. ¿A qué llama entonces Freud: sexual? Tal vez por eso nunca terminó de hablar en extenso de la sublimación.

¿O lo vinculado (encadenado si uno se atiene al latín) a lo sexual, es la muerte?

Si tomamos sublimación en la definición que la física da de los distintos pasajes de estado de la materia, sería el pasaje de sólido a gaseoso sin pasar por líquido. Un cuerpo sólido desaparece disuelto en el aire. En este país hemos tenido gente de la que se dijo que eso era lo que le había pasado. “Si están desaparecidos es porque no están”, dijo de ellos arqueando las cejas y moviendo hacia arriba los ojos y las manos quien a la sazón estaba al frente del gobierno. De sólido a gaseoso. Una vez más la muerte.

Hasta aquí mis incógnitas que como puede verse superan en largo número a las ecuaciones de las que dispongo. Presento pues el deseo de plantearlas.

Resumen: En este trabajo el autor plantea diversos interrogantes que surgen de su lectura de algunos artículos de Freud y Lacan respecto al llamado por Freud “primer acto psíquico”, a la aparición del Yo, a la explicación que al respecto aporta Lacan, a cómo comprende el Edipo y una reflexión final sobre la sexualidad y la sublimación.

Descriptor: Sexualidad- Muerte- Yo- Edipo.

Bibliografía:

Freud, S. (1900): *La interpretación de los sueños*, AE, Vol. V, Buenos Aires 1976

Freud, S. (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, AE, Vol. VII, Buenos Aires 1976



Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires

XXXVIII Simposio Anual

Freud, S. (1914): Introducción del narcisismo, AE, Vol. XIV, Buenos Aires 1976

Freud, S (1915): Pulsiones y destinos de pulsión, AE, Vol. XIV, Buenos Aires 1976

Lacan, J (1949): El estadio del espejo como formador de la función del Yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica, Siglo XXI argentina editores, sa. 1985.

Lacan, J (1948): La agresividad en psicoanálisis, Siglo XXI argentina editores, sa. 1985. Buenos Aires 2003